

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XLIX —

LOPEZ ALVAREZ LEOPOLDO—(1891-1940)—*Obras de Homero—Himnos*—Traducidas directamente del griego en versos castellanos—96 páginas en numeración doble. 17 x 24 ctms.—Escudo en colores de la ciudad de San Joan de Pasto (1559)—Pasto, Nariño—Colombia. Tipografía Aonvn—1938.

No se ha hecho hasta ahora, que sepamos, una completa historia del helenismo en Colombia, como sí se ha realizado la del latín, y por cierto que con la amplitud y de la manera magistral como lo realizó, en 1949, José Manuel Rivas Sacconi. A fe que esa omisión no se debe sin duda alguna a falta de iniciativa en los investigadores de esta materia, sino en la casi absoluta carencia de elementos para llevarla a buen suceso. En efecto, si desde los remotos días coloniales el cultivo del latín fue entre nosotros ordinaria ocupación de los hombres cultos, el del griego, en cambio, padeció eclipse, por razones que no sería posible desentrañar ahora en toda su plenitud.

La literatura griega no fue por completo ignorada en el Nuevo Reino de Granada, como tampoco lo fue luego en la República de Colombia. Solo que ese conocimiento se verificaba en la colonia, por regla general, a través de versiones latinas, a las cuales habíanse traducido los textos griegos, y en contadas ocasiones, en romance o idioma vulgar. Como posteriormente, en los primeros decenios de la república, y como en los días que nos alcanzan, cuando los clásicos griegos llegan al común de los lectores cultos a través de versiones helénicas al francés y al inglés, y solo en rarísimos casos, mediante la lectura directa del texto original.

Porque el estudio del latín alcanzó inmenso auge en el virreinato neogranadino, con mengua evidente del cultivo del griego.

— 105 —

En el *Plan de universidad y estudios generales*, propuesto por el arzobispo virrey Caballero y Góngora al rey de España, desde Turbaco, el 13 de julio de 1787, se hace constar que el principal objeto de la enseñanza no era otro que el de buscar la perfección en la lengua latina, para lo cual se encarecía a los alumnos la dedicación e imitación de los historiadores, oradores y poetas latinos de primer orden, Salustio, Tito Livio y Justino; Cicerón y Quintiliano; Virgilio, Ovidio, Terencio, Tibulo, Horacio y Lucano... De los autores griegos, ni una palabra, ¡y eso que tales advertencias hacíanse en el capítulo del *Plan* que trataba precisamente de las humanidades clásicas!

Hay que remontarse al año de 1869, y a la presidencia del general Santos Gutiérrez, para constatar que solo entonces, y por decreto de 7 de julio de aquel año, refrendado por el secretario de lo interior y relaciones exteriores, Antonio M. Pradilla, se establece por la primera vez la enseñanza del idioma griego en la Universidad Nacional, como complemento de las enseñanzas de la Escuela de Literatura y Filosofía, con la dotación de trescientos pesos anuales para esa cátedra.

Tres años más tarde el presidente Murillo Toro dicta el decreto de 3 de agosto de 1872, refrendado por su ministro del interior y de relaciones exteriores, Gil Colunje, orgánico de la Universidad Nacional, en el que se establece, en el cuarto año de la Escuela de Literatura y Filosofía, la enseñanza de dos cursos extraordinarios de griego, inferior y superior, acerca de los cuales, la pertinente disposición gubernativa añade: "Los cursos inferiores de latín y griego podrán ganarse, por los alumnos a quienes obligan estas enseñanzas, en los dos últimos años de esta escuela, junto con los cursos correspondientes a cada año. El curso inferior de latín se hará en el tercer año de estudios y el de griego en el cuarto año". (*Codificación nacional*. Tomo XXVI. Años de 1872 y 1873. Bogotá. Imp. Nal. 1943. Pág. 193).

En la primera mitad de este siglo XX, el estudio del griego, y el del latín por añadidura, decaen visiblemente en las universidades oficiales colombianas. El Decreto 1569 de 1934, por ejemplo, en el que se fijaba el plan de estudios que regiría para las facultades universitarias oficiales, nacionales y departamentales, a partir del año de 1935, eliminó prácticamente el estudio de los idiomas clásicos, señalando unas nociones de "latín jurídico", para el año preparatorio en las facultades de derecho y ciencias políticas, dos años de latín para las facultades de ciencias de la educación y únicamente un curso de "introducción al griego" para las últimas, en la especialización de idiomas. En los colegios de bachillerato, el latín que hacia 1928 hacíamos los estudiantes en tres o cuatro cursos, fue totalmente suprimido y remplazado por una intensificación del inglés. El griego, jamás se ha estudiado en secundaria en Colombia. Lo que explica en gran parte, sin más averiguación, el fenómeno de las espantables deficiencias culturales que nos agobian.

En un país, pues, sin verdadera y profunda tradición helenística como el nuestro, la aparición de una obra de las enormes proporciones de la que acometió López Alvarez, al emprender en la versión completa de

Homero y de Esquilo, tenía que producir admiración y pasmo aun en los escasos círculos académicos y de la alta cultura nacional. Empresa semejante no se había realizado hasta entonces en Colombia, ni ha tenido hasta ahora, que sepamos, imitadores ni continuadores en Latinoamérica.

El mérito de esta hazaña literaria es tanto más notable cuanto que ni siquiera tiene abundantes antecedentes en la Península, si hemos de dar fe al prolijo inventario de intérpretes de Homero en castellano, que hizo Menéndez Pelayo en los tomos LIV a LVII de sus *Obras completas*, en donde, con el título de *Biblioteca de traductores españoles* hizo el más minucioso censo de cuantos se habían dedicado a semejante ejercicio, con el resultado de que es sobre modo exiguo el número de quienes tomaron a su cargo traducir a Homero, y menos todavía el de quienes tradujeron en España la totalidad de su obra. Esto solo ha ocurrido hace relativamente pocos años, gracias al insigne humanista Luis Segalá y Estalella, discípulo de Menéndez Pelayo, quien hizo del épico griego una estupenda versión en noble prosa castellana, y quien tradujo y publicó los *Himnos homéricos* en 1926, cuando López Alvarez, en plena virilidad, ya había emprendido, por su parte, la traducción versificada de ellos. Ciertamente años antes, en 1910, don José Blanqué y Feliu, los había puesto en prosa castellana. Y ese es el más antiguo antecedente, en nuestro idioma, del himnario homérico en romance español, que no debe de tenerse como tal el de don José Antonio Conde, poeta de principios del siglo XIX, muy amigo de los Moratín, a quien Menéndez Pelayo atribuye una versión de los *Himnos homéricos* que el polígrafo santanderino jamás tuvo en sus manos, ni nadie ha conocido hasta ahora. Ni tampoco valdría para el caso lo de don Vicente Mariner, humanista de fines del siglo XVI, de quien se conserva un códice con versiones latinas de tales *Himnos*. (*Homeri Hymni Deorum Vicentio Marinerio Valentino Interprete*).

Sea como fuese, tenemos que esta versión de los *Himnos de Homero*, en verso castellano, debida a López Alvarez, es la primera que se publica, completa, en nuestra lengua. Y es también la suya la primera edición bilingüe aparecida en Hispanoamérica, de clásicos griegos, para lo cual importó López Alvarez a Colombia una imprenta griega, y la puso a funcionar en su propia casa, con operarios no especializados antes, y con las mil dificultades que tal circunstancia traería consigo.

Una no pequeña deficiencia advierte el lector en estas versiones, y es la ausencia absoluta de toda referencia bio-bibliográfica, crítica, histórica, lingüística y de cualquier linaje. Nada, absolutamente, que nos indique cuál edición o ediciones de Homero utilizó el traductor para su labor, ni qué texto siguen en determinados pasajes, sobre los cuales no hay unánime acuerdo entre los eruditos; ni por qué interpreta en determinado sentido, y no en otro, algunos hexámetros controvertidos; ni las circunstancias en que llevó a término su labor; ni los medios de que pudo valerse para sortear las dificultades, que no son pocas, en tarea tan agobiadora. Por todo lo cual, estas versiones —tan meritorias en sí mismas— son poco menos que inútiles para los estudiantes de humanidades clásicas, toda vez que en ellas no se encuentra ni una sola palabra referente a Homero y a sus

obras, y muchísimo menos a la interpretación de estas a través de los tiempos, ni solución alguna de los múltiples interrogantes que el estudio del primer épico universal suscita.

Ciertamente no valía la pena tanto esfuerzo como el que una versión de esta magnitud implica, con la transcripción del original griego por añadidura, sin intentar al mismo tiempo lo que nos parece de tanto o de más valor quizá que la traducción misma: el comentario. Es evidente que este puede omitirse en las versiones líricas de poetas modernos, y quizá en la de cortos fragmentos antológicos de griegos y latinos, en donde el elemento estético debe primar sobre cualquiera otro. Pero en una versión completa a lenguas romances de la *Iliada*, la *Odisea*, los *Himnos* homéricos y similares poemas, tal omisión resulta inconcebible. Porque, si a pesar de todo, el traductor quiso proporcionar a sus lectores únicamente el placer estético de una buena traducción de esos poemas, y no más que eso, como acontece en el caso de López Alvarez, salta a la vista entonces que el aparato de la transcripción de veintiocho mil y más hexámetros griegos sobraba absolutamente, porque para el lector común y corriente, esos textos ininteligibles, solo podían hacer el papel de espantajo; y para los estudiantes de humanidades, el de rompecabezas insolubles, tornándose a su vez poco menos que inútiles para los realmente versados en el griego homérico, es decir para los especialistas y catedráticos, que tienen a su disposición ediciones críticas con todas las garantías de autenticidad y corrección. Por lo que es grandemente de deplorar que un esfuerzo, sin precedentes en América Latina, como el que López Alvarez llevó a buen término con su interpretación de Homero, no hubiese culminado, como habría sido de esperarse, con el comentario crítico y las pertinentes anotaciones del traductor, que hubieran enriquecido y valorado su traducción en grado sumo.

Porque considerada esta desde el punto de vista meramente poético, la supera notoriamente la versión fragmentaria de Leopoldo Lugones, aun haciendo caso omiso de los acertados comentarios que el poeta argentino produjo, ya sobre *El ejército de la Iliada*, ora sobre *Un paladín de la Iliada* (Diomedes) cuando, en fin, a propósito de otros interesantes temas homéricos en sus *Nuevos estudios helénicos*. Y juzgada tal cual la conocemos, hay que deplorar, desgraciadamente, la ausencia de lo que en ella se echa de menos.

Este vacío ha tratado de llenarlo, en mínima parte pero doctamente, el helenista colombiano contemporáneo, Santiago García Rodríguez, del Seminario Claretiano de Bosa, mediante el análisis y comentarios del texto original de la *Odisea* y de la versión de López Alvarez, de los que han aparecido algunas muestras en *Gymnasium* y en *Paladión*, y que hacen añorar lo que hubiese podido hacer el humanista nariñense para ilustrar su formidable trabajo.

Predominan en la versión de los *Himnos* homéricos de López Alvarez los endecasílabos asonantados. Desde luego, al lado de felices hallazgos y de aciertos poéticos, no escasean ripios y prosaísmos, que piden lima y pulimento. Unas muestras de esas versiones nos hablan con objetiva elocuencia de sus excelencias y sus defectos.

Veamos la versión del segundo Himno A Apolo, de cinco hexámetros, cuyo texto original está en griego:

Como una curiosa referencia, veamos de qué modo lo tradujo un gran poeta contemporáneo, Gabrielle D'Annunzio, en 1879, tratando de guardar las equivalencias del texto homérico:

*Febo, te pure il cigno su l'ali dolcissimo canta
saltando ne la ripa li presso a'l Penco vorticoso;
te sempre l'aedo che tocca la cetra suave
molli inni levando a'l principio ed a l'ultimo canta.
E tu salve, o Signore: io te con un cantico placo...*

(*Di Gramatica e Retorica. Primo Vere. Pág. 161*).

En tanto que el traductor nariñense interpretó de este modo el apolíneo canto:

*Mientras agita sus ebúrneas alas,
saltando en las orillas del Peneo,
el armonioso cisne a tí te canta,
y también con voz dulce los aedos,
al son acompasado de la lira.
¡Séme propicio, por mi canto, Oh Febo! (Pág. 36).*

Pero es quizá en el antepenúltimo de los poemas homéricos en donde López Alvarez estuvo más afortunado, logrando darle a su versión, con la más aproximada fidelidad al texto griego, toques de verdadera inspiración, de elegancia y aun de sentimiento, que demuestran que el humanista colombiano era también verdadero poeta:

*¡Hijas de Zeus, Musas, habilísimas
en el cantar con voz almibarada!
Dadme que cante a la esplendente Luna
que en el Cielo despliega enormes alas;
cuyo fulgor, saliendo de su testa,
a la Tierra con luces embalsama,
en donde todo brilla. El aire oscuro
se abrillanta con su áurea guirnalda,
cuando la Luna virginal se cubre,
después que en el Océano se baña,
con fúlgidos vestidos que deslumbran,
y sus caballos, de cerviz alzada,
unce; y entonces rápida se cuela
a través de las noches estrelladas,
a medio mes, cuando la tarde cae,
y el disco todo su grandor alcanza;
y la Luna creciente, sus destellos
abrillanta en la bóveda sagrada,
y de guía les sirve a los mortales.*

*Otro tiempo el Cronida enamorado,
se unió con ella en amorosas ansias;
y a la virgen Pandía alumbró luego,
que en belleza, entre Diosas, descollaba.*

*¡Salve, Reina de brazos nacarados,
Luna divina, de bondades arca,
Diosa de trenzas fúlgidas! Ahora,
ya que por tí empecé; mis cantos vayan
en honor de los hombres semi-dioses,
cuyas proezas el aedo ensalza... (Pág. 93).*

Esta versión completa de los *Himnos de Homero*, editada en Pasto en 1938, es la primera edición bilingüe greco-española que López Alvarez realizó, en muy limitado tiraje. El libro, que no ha sido reeditado, es ya una rareza bibliográfica.